



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Taracena Arriola, Arturo
LAS LECCIONES DEL 68
Bajo el Volcán, vol. 7, núm. 13, 2008, pp. 73-78
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28611804006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Entre las contadas fotografías que conservo de finales de los años sesenta, siempre he tenido predilección por una que me tomaron en una casa de la Colonia Federal de la ciudad de México, donde vivíamos los miembros de *Cráter*, quienes seguíamos ligados al movimiento revolucionario guatemalteco.¹ No recuerdo quién la tomó, pues teníamos estrictas normas por razones de seguridad. En ella estoy en el dormitorio que compartíamos los solteros delante de tres afiches muy significativos para mí de lo que me dejaron esos años de sueño y sangre: el del Che, el de Turcios Lima y el de Cohn-Bendit.² Una imaginaria que no era casual, sino que respondía al espíritu de los tiempos.

Por la televisión, la radio y la prensa nos enteremos de los sucesos del movimiento estudiantil francés en mayo. Los estudiantes exigían un nuevo orden social en el seno de la sociedad capitalista. Como una gran mayoría de la juventud de los años sesenta, empezamos a soñar con un mundo sin injusticias y racismo, un socialismo de rostro humano, una patria digna y soberana, una derrota de todo tipo de imperialismo y la transformación de las relaciones entre el hombre y la mujer. Aspirábamos a conformar un movimiento de izquierda nuevo, que luchase por la equidad jurídica, económica, social y cultural, y para ello vislumbrábamos una alianza con los indígenas y los cristianos.

Asimismo, las lecciones del mayo parisino hicieron que nosotros ansiásemos ser “ciudadanos del mundo”, como diría Otto René Castillo. Estábamos impactados por los acontecimientos internacionales de la

década: las resoluciones del Concilio Vaticano II, la trágica muerte del Che en Bolivia, las revueltas estudiantiles en Europa, la protesta de un pueblo durante la Primavera de Praga, el asesinato de Luther King, la ofensiva vietnamita del Tet, los sucesos de Tlatelolco... Pero, sobre todo, estábamos conscientes que la gran lección resultaba ser que teníamos derecho a opinar, a decidir sobre nuestro propio destino y, con ello, contribuir a la marcha del mundo.

Por la relaciones políticas de Aura Marina Arriola, entramos más adelante en contacto con los fundadores del *Il Manifesto*, periódico de la izquierda italiana que vanguardizaba la lucha política contra el dogmatismo y buscaba darle a la ciudadanía una dimensión participativa en la transformación del Estado capitalista, con lo cual la discusión política se profundizó, puesto que nos vimos empapados en el debate de la izquierda mundial.³ Por tanto, abrimos las discusiones sobre la democracia interna y el estalinismo, sobre la crítica al socialismo real, sobre la relación intrínseca entre lucha de guerrilla y la lucha de masas, sobre las causas de la derrota en 1954, etc. Debates que para mí fueron acumulativos y que me afirmaron el deseo de pensar por mí mismo.

Había una sólida base histórica para esa fusión, pues de la misma forma que no queríamos un régimen político dominado por el Estado militarista, tampoco queríamos un movimiento revolucionario dominado por el estalinismo ni un Estado socialista policíaco. Luchábamos por un “socialismo con rostro humano”, como decía el eslogan de la “Primavera de Praga”. Simplemente, ellos comprendieron antes que nosotros esa realidad de opresión que conllevaría la derrota estratégica del socialismo real en 1989. En pocas palabras, la tentación totalitarista también existía en la izquierda y debía de ser combatida, realidad que desgraciadamente no resultó ser tan fácil de erradicar y de la cual tenemos que asumir las secuelas.

En Francia, el Partido Comunista Francés, hasta entonces el partido con mayor influencia ideológica en el seno de la izquierda, había perdido el control de las organizaciones juveniles en las universidades y los liceos que reclamaban transformaciones sociales en el ámbito de la enseñanza y de la sociedad civil en general. Pronto se le fue de las manos la dirección de la nueva ola de solidaridad con Vietnam y el Tercer Mundo, encabezada

ya por maoístas, trotskistas, anarquistas, los hasta entonces grupúsculos izquierdistas. Pero, sobre todo, se les empezó a escapársele el control de los sindicatos, pues a raíz de los primeros enfrentamientos entre los estudiantes y la policía en el Barrio Latino y la Universidad de Nanterre, los obreros se les unieron y, juntos, fueron actores de ese movimiento que puede condensarse en dos o tres *graffitis*: *¡Corre camarada, el viejo mundo está detrás de ti!*, *Desear la realidad está bien, realizar los deseos está mejor*, *Prohibido prohibir...*

Sospechábamos que cuatro años después, en el contexto de fundación del Ejército Guerrillero de los Pobres, habríamos de conocer y de trabajar estrechamente con uno de sus grandes protagonistas, Xavier Langlade, quien acaba de morir en Cuba, culpa del cáncer. Xavier –*Toussaint*– era un dirigente estudiantil de la Liga Comunista Revolucionaria en 1968 y el 22 de marzo cayó preso por realizar en París un acto de solidaridad con el pueblo vietnamita. Como protesta, los estudiantes de Nanterre salieron a las calles a pedir su libertad y tomaron esa ciudad universitaria, dando origen al Movimiento “22 de Marzo”, que fue la chispa de la gran movilización estudiantil que se extendió a la Sorbona y a todas las otras universidades francesas, logrando el apoyo del movimiento obrero para transformarse en lo que ahora conocemos como “Mayo del 68”.

Pero, cuando desembarcamos en México a finales de 1967, lejos estábamos de pensar que el año que se abría iba a impactarnos directamente por la dimensión de los sucesos que también habrían de vivirse en ese país exigiendo el fin del monopolio del Estado y de un partido de la dimensión ciudadana en la construcción de un país. Allí habíamos llegado mis compañeros y yo provenientes de una Guatemala convulsionada por la dimensión que empezaba a tomar la represión en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional, la cual había conllevado la derrota de la primera etapa guerrillera guatemalteca.

México era una ciudad que parecía estar ajena a las luchas transformadoras que se habían extendido por todo el continente desde el triunfo de la Revolución cubana en 1959. El Distrito Federal era apenas una aglomeración urbana de cinco o seis millones de habitantes, pero para nosotros vivir en ella habría de significar un “salto planetario”, al decir

de Cardoza y Aragón. Estábamos fascinados por aquellas inmensas avenidas con camellones cubiertos de palmeras, por la imponente de sus construcciones. Pero, sobre todo, por su mundo cultural y político. Largas y ahumadas discusiones nocturnas, análisis de las noticias de los periódicos, descubrimiento de nuevas lecturas y sujetos de estudio. En ella, los redactores de la revista *Hora Cero* –Daniel Molina, Julián Meza y Diana Rivera– se habían convertido en nuestro principal apoyo e interlocución política, introduciéndonos en la sociedad mexicana de izquierda. Por ellos entramos en contacto con algunos de los que serían líderes destacados del movimiento estudiantil del 68, como Raúl Álvarez Garín, y otros menos visibles, como Mario Solórzano Foppa.

La interlocución con nuestros primeros amigos nos llevó a asistir a la gran manifestación universitaria del 1 de agosto, encabezada por el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, y en la que participaron trescientas mil personas. Surgía el Comité Nacional de Huelga. El ambiente social se había radicalizado el mes anterior a raíz de la represión que sufrió una manifestación por la libertad de los presos políticos y a favor de la Revolución cubana, lo que dio inicio al movimiento estudiantil y a la huelga universitaria. Luego vino la manifestación silenciosa del 13 de septiembre encabezada por los estudiantes de Medicina, seguida de la ocupación militar de la UNAM y la renuncia de Barros Sierra.

Al poco tiempo, la concentración de Tlatelolco, el 2 de octubre, cuando se celebraba el segundo aniversario de la muerte de Turcios Lima, razón por la que no asistimos. Más de diez mil policías y soldados terminaron emboscando a la dirigencia y la base social del movimiento universitario mexicano, provocando su desarticulación el encarcelamiento de los principales líderes. Allí moriría Guillermo, el hermano de Diana Rivera, de tan sólo quince años, atravesado por la bala de una tanqueta. Dos o tres días le costó a la familia dar con el cadáver, luego de que las autoridades mexicanas negaron su existencia, llegando hasta sustraer su expediente de la preparatoria en que estudiaba. El hecho de que hoy en día crezca en América Latina la demanda por una democracia participativa, por justicia social equitativa y soberanías efectivas, tiene que ver con el saldo bastante

grande en muertes, desapariciones y exilios que él y otros jóvenes pagaron durante aquellos años y los que les siguieron.

Finalmente, con el reflujo que produjo la matanza de Tlatelolco y la captura de los principales dirigentes del movimiento estudiantil, el espíritu del 68 quedó un momento en suspenso, opacado por la fastuosa inauguración de las Olimpiadas. Sin embargo, éstas habrían de darnos otra gran sorpresa política: el rechazo en el Estadio Universitario del racismo por parte de los ganadores de los 200 metros planos. A la hora de la premiación, ante más de setenta mil almas, Tommy Smith y John Carlos levantaron el puño enguantado, como signo de protesta y adherencia al movimiento de Panteras Negras y –me imaginó– en solidaridad con la juventud mexicana. Gesto que les ganaría la admiración de millones de *blacks* y latinos. Para nosotros, no fue difícil comprender que la lucha política en la que nos habíamos imbricado implicaba también combatir el racismo que padecían los indígenas guatemaltecos.

Diez meses después, regresaba al país con todo ese bagaje en mi espíritu, dispuesto a cumplir –junto a mis contados compañeros del ex Cráter– la tarea de dar los primeros pasos en la ciudad de Guatemala para la formación de una estructura que sirviese de apoyo al regreso de los militantes del futuro Ejército Guerrillero de los Pobres que empezaban a concentrarse en México. Así, trascurrieron los siguientes dos años hasta que la captura y desaparición de Juan Luis Molina Loza y de Constantino Ayala nos hizo replegarnos nuevamente a este país. Estaba por abrirse otra etapa de nuestra vida.⁴

NOTAS

¹ Con el nombre de Cráter el autor se refiere a un grupo de jóvenes guatemaltecos que fueron organizados por los religiosos Maryknoll en Guatemala y que terminaron radicalizando su compromiso social. A mediados de 1967 fueron denunciados y gran parte de ellos terminó en el exilio en México (nota de los editores).

² Luis Augusto Turcios Lima. El más destacado Comandante de las guerrillas guatemaltecas en la década de los sesenta del siglo XX (nota de los editores).

³ Aura Marina Arriola, destacada antropóloga guatemalteca y militante revolucionaria. Murió en la ciudad de México en 2007 (nota de los editores).

⁴ El Ejército Guerrillero de los Pobres fue una de las cuatro principales organizaciones insurgentes de Guatemala desde el inicio de sus actividades en 1972 hasta la firma de los acuerdos de paz entre el gobierno guatemalteco y la insurgencia en diciembre de 1996. Juan Luis Molina Loza y Constantino Ayala fueron militantes revolucionarios capturados y desaparecidos en enero de 1971 (nota de los editores).

Recibido: 1 de marzo de 2008

Aceptado: 10 de junio de 2008